

Los gitanos

Soledad Muñoz

A la hora de la siesta, mientras mis tíos dormitaban bajo el sopor del mediodía en el rancho Las Carolinas, mis primos y yo nos refrescábamos bajo la sombra del álamo centenario que vivía detrás del granero y que inclinaba una rama sobre la acequia, para lavar sus hojas de plata y jade en el agua, la cual esquivando nuestros pies, pasaba presurosa sin dejar nunca de cantar. A este álamo le gustaba tanto jugar con los niños, que tendió un puente desde la acequia a su corazón, para que pudiéramos llegar a él sin dificultad. Nunca se le veía tan alegre y hermoso como cuando lucía un racimo de chiquillos que, encaramados en sus ramas, soñaban con ser papalotes y galopar por las nubes.

Una de esas tediosas tardes de julio, divisamos una gruesa e inusual columna de polvo que amenazadora se acercaba por el camino que venía de la hacienda de Dolores. Al instante nos trepamos a ramas más altas y desde ahí divisamos una enorme caravana de gitanos que en aquel momento llegaba al pueblo. Que llegaran los húngaros a Jiménez no era ninguna novedad, pero que vinieran tantos, sí que era de temerse. Desde nuestro mirador contamos cinco trocas, seis camiones de redilas y cuatro carromatos jalados por caballos. Unos veinte hombres a caballo escoltaban la caravana. Los jinetes no cabalgaban solos, cada uno traía dos o tres niños cabalgando a pelo, como acostumbraban entre ellos.

Como en los cuentos de la familia Burrón, de las trocas asomaban muchas cabezas, de las cuales sobresalían narices ansiosas por respirar un poco. Había narices de todos tamaños y colores, unas que apenas empezaban la vida y otras que ya se estaban despidiendo. Los ojos tenían en común cejas y pestañas bien

tupidas. En los camiones traían todas sus pertenencias; y en los carromatos, marranos, chivas y gallinas.

Aún no salíamos de nuestro asombro cuando divisamos otra caravana más larga y numerosa que cruzaba ya el río para llegar al mismo punto. Calculamos que iban a converger una cuadra antes de la Plaza de Lilas. Influenciada por las novelas de caballería que me leía mi padre, pensé: “¡Ojalá sean amigos! Porque si son enemigos, va llegar la sangre al río”.

Por la tarde nos visitó un tío para avisarnos que por el camino de Torreoncillo llegó otra caravana, más grande aún que las dos que llegaron por la mañana. Nos advirtió que los gitanos andaban escasos de niños y seguramente venían a robarse todos los pequeños de Jiménez; por lo tanto ningún menor podría salir solo, ni siquiera al escusado de hoyo ubicado cerca del gallinero.

Formados de dos en dos, los nueve hijos de mi tía y yo fuimos más tarde a casa de mi abuela, bajo la celosa vigilancia de mis tíos. Las puertas de las casas, usualmente abiertas, estaban muy bien cerradas y los cordones que siempre colgaban hacia la calle para poder abrir desde afuera habían sido retirados. No se veía mucha gente en las calles, todas parecían estar tras las ventanas, atentas a cualquier movimiento. Esa noche todo mundo se recogió temprano, bajo un toque de queda voluntario.

Año con año, por esas mismas fechas, los gitanos llegaban en pequeñas caravanas unifamiliares para hacer su agosto vendiendo joyas, amores, fortunas, viajes, a todos los incautos que se dejaban leer la mano.

Por aquel tiempo mi abuela materna tenía una viña, poblada de parras, nogales, duraznos, higueras. Atrás había un enorme solar, sombreado por los álamos y nogales que crecían a la vera de la acequia. Justamente ahí se establecía siempre un campamento de gitanos que ya eran algo así como jimenenses trashumantes.

Las gruesas bardas que delimitaban la viña, en las que descansaban sus largos brazos los nogales, eran un mirador inmejorablemente cómodo y seguro para observar sin recato alguno las diarias actividades de nuestros nómadas vecinos. Con



razón o sin ella, los adultos nos habían advertido desde siempre que debíamos mantenernos a prudente distancia de ellos. Sin hacer mucho caso a tales consejos, los visitábamos para venderles blanquillos, nueces, higos y duraznos substraídos sigilosamente de la viña.

Pero la presencia de tantos gitanos causó temor entre los residentes. Todos se sintieron más que aliviados cuando se enteraron que no venían a robar niños ni a tomar por las armas el pueblo, simplemente venían a celebrar una boda, con todas las de la ley, en el mismísimo Templo del Santo Cristo de Burgos, como corresponde a todo buen cristiano, y los gitanos lo han sido desde siempre.

Aliviada la tensión, una veintena de primos corrimos a treparnos en las bardas para ver qué estaba pasando. Una gran carpa, como la de los circos, se alzaba en medio del solar. Tenía cuatro puertas abiertas, el piso de tierra había desaparecido bajo alfombras y tapetes de muchos colores y diseños; gruesos cojines formaban un círculo.

Pero afuera estaba lo bueno: había varios fuegos encendidos, sobre los que se doraban dos o tres lechoncitos; ensartados en el mismo palo, giraban constantemente sobre dos horquetas de madera, mientras con una brocha larga les untaban no sé qué delicias. Para el mediodía, cuando ya doraban los lechoncitos, los olores eran casi místicos. Cuentan los memoriosos que el delicioso e indescriptible aroma que se metió en el paladar y la memoria de todos antes de que cayera la tarde, aromatisó por días, sábanas, colchas y cortinas de todas las casas. Hasta el rancho Las Carolinas se metió este grato aroma, que nos hacía soñar con glorias insospechadas.

Los curiosos que atiborraron la Iglesia, se sorprendieron ante los lujosos y coloridos atuendos de los invitados. La gracia y el donaire de esta raza se quedaron mucho tiempo guardados en la memoria.

Desde la barda vimos cuando llegaron los novios, acompañados por los músicos, parientes e invitados, todos bebieron,

cantaron y bailaron tres días seguidos. Ya bien entrada la noche, los casos y sartenes seguían hirviendo y esta vez fue el familiar olor del menudo el que impregnó al pueblo.

Mis primos se fueron bajando uno a uno, y cuando yo estaba a punto de bajarme para desentumirme un poco, vi que los novios, apartándose de la fiesta, buscaban la complicidad de las sombras para según yo “hacer sus necesidades”. Se fueron a refugiarse tras los gruesos troncos de los álamos, que a manera de sombrilla desparramaban sus ramas sobre el suelo; pronto caí en cuenta que sus intenciones eran más divertidas.

Por sus gemidos y lamentos, supe que eran de los míos, es decir igual que a mí les gustaba asustar a todo aquel que se dejara, haciéndolos creer que eran ánimas en pena, buscando expiar sus pecados. Pero reconocí inmediatamente que en este delicado oficio de espantar, eran mejores que yo. Sus gritos y lamentos eran en verdad espeluznantes, aunque pensé que para qué tanta enjundia si no pasaba nadie.

¿A quién asustaban pues? “La luz del entendimiento” me alertó. Caí en cuenta de que ella aparentaba ser ánima en pena para distraerme, pues seguramente su compañero estaba a punto de meterme en un costal. Con el sigilo y la rapidez de un gato, me deslicé al suelo ayudándome de los huecos entre la junta de los adobes, conocidos bien en la memoria. Era noche sin luna, no se veía nada, pero ni falta hacía, yo me conocía muy bien la distancia entre los surcos y sabía dónde estaba cada rama y cada árbol. Sólo estropeé un poco la alfalfa, pero pronto alcancé la puerta de la casa. Entré sin mirar detrás para no perder tiempo y puse la tranca que mi abuelo había puesto desde la Revolución, cuando pasaron por Jiménez los federales y los villistas.

Con el corazón desbocado me acosté en la cama de mi abuela. No me quité ni los zapatos, sólo amarré el lazo de mi vestido a un barrote de la cama de latón, por si se atrevía a entrar aquel gitano mal nacido que, haciéndose pasar por ánima en pena, intentaría robarme. Las pesadillas fueron en verdad espeluznantes; amanecí con calentura y el cuerpo adolorido, de tanto que



en sueños corrí para esconderme: bajo las parras, detrás de la higuera, en la punta del nogal más alto y hasta en la inmundicia del escusado de hoyo, pues sabía que ahí muchos jimeneses escondieron a sus mujeres cuando pasaron por el pueblo Villa y sus Dorados.

Cuando desperté no quería abrir los ojos a una realidad aterradora. Sólo el aroma de las limpias y almidonadas sábanas de mi abuela, me hizo saber que estaba en casa y a salvo. El miedo se fue desvaneciendo con el tiempo, pero las pesadillas me seguían visitando. Sólo exorcicé mis temores el día que escuché unos versos de García Lorca:

*Y yo que me la llevé al río
creyendo que era mozueta
pero tenía marido.*

Entonces caí en cuenta que los enamorados de aquella noche estaban más interesados en descubrirse uno al otro que en aquella niña de diez años que, agazapada en la noche, soñaba con ser gitana para: no ir a la escuela; bailar todas las noches, iluminada por la luna; ir de feria en feria, leyendo en las palmas de las manos amor y fortuna; caminar entre tintillos de oro; dormir sin más cobijo que un cielo palpitante; y despertar todas las mañanas, sin más oficio que seguir al viento.